

# FÍGARO.

## PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Marzo 7.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 50.

### EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE  
escrita por El Bachiller Avellanado.

#### CAPÍTULO XXI.

*Que trata de las grandes aventuras de la Sierra amorosa.*

Amanecía la aurora por la rosa la frente del Levante y comenzaban á inquietarse los alegres y bulliciosos pajarillos y á mostrar las velludas hojas de las agrestes sálvias los infinitos aljófares de la escarcha cuando el noble Rabadán fué á ofrecer á sus huéspedes, no extrañas invenciones, sino espumosa y caliente leche de sus ganados diciénlo:

—Bien pueden sus mercedes beberla en confianza, que es fruto natural y saludable de estas montañas, no tan solo sustentadoras de las gentes sino renovadoras de pueblos y costumbres. Estas que ahora observan sus mercedes olvidadas soledades son única esperanza de la angustiada patria.

—Así tal como lo fueron antiguamente, dijo Don Quijote.

—¡Vieran sus mercedes, exclamó el honrado campesino, la opulencia y el honor de la ganadería en los felices días de estas montañas; pues no había monarca ni señor que no lo fuese de ganados! Y no parecía sino que las ricas bestiezuas conocían su mérito y valor según la gallardía y arrogancia de su presencia y ordenada marcha al compás de sus balidos y sus címbanos en noble amistad de los mastines y bagajes de su acompañamiento. Ni de otro modo alguno se hubieron los primeros patriarcas.

Y que no parece su merced, añadió Sancho, sino uno de ellos; y mas rango y autoridad revelan el rubio y blanco rostro del patriarca aquí agora presente que los mas peripuestos cortesanos.

—Hacer saben los campos lo que no alcanzan libros, dijo Don Quijote; ni ha de haberle tal cual el aroma

del tomillo, la magestad de la empinada roca que al tiempo desafia, la humildad de las corrientes aguas á la pendiente vária de sus cauces y la sabiduría de las aves emigrantes que un solo su pequeño nido hallarse saben en la inmensa redondéz del orbe todo. Y así las soledades hacen sabios.

Viose entonces á Mauricio subir penosamente la pendiente del collado sostenido por brazos de pastores, que no de otra manera pudo ascender hasta la cumbre. Y dijo el Rabadán:

—Es este muchacho alma sin su cuerpo correspondiente, y pequeña vasija para tanto cual ha de contener dentro de sí.

—Pesares parecen acongajarle harto, dijo Sancho.

—Que no ha momento que no le sea de dolores, dijo el Rabadán, y el verle en cualquiera de ellos causa espanto, quitadas solamente algunas benignas horas.

Llegó pues Mauricio á la majada pálido y desencajado, los ojos hundidos, los negros cabellos descompuestos sobre el agraciado rostro. Hiciéronle asiento con las ropas de la majada mientras le preparaban sus remedios de yerbas los zagales, de los cuales saben muchos. Y al cabo de buen rato, hallado que hubo alguno de descanso, dijo:

—El techado me acaba, por lo que he de procurar mi comodidad á la intemperie, y ésta me hiela; conque penosas amenazan las ya cortas semanas de mi vida. Y para remedio de mi dolor no le hay sino el dolor mismo.

Oyose en este instante extraño y lejano sonido de clarines, que fué como poner término, veda y coto á toda curiosidad y anhelo de Don Quijote y á todo lo que no fuese el cumplimiento de la ley de Caballerías, por lo que sobresaltado exclamó:

—Sancho; ve de ensillar á Rocinante en solo un momento y apresta el rucio.

—Mejor lo hiciera su merced, contestó Sancho, afirmándose en esta

actual aventura hasta terminarla; que el que mucho abarca poco aprieta, y de clarinadas no hay fiarse.

—Dó hay patron no impera marino, repuso Don Quijote; ¿ni quién das tú que pueda ser causa de este continuo resonar del guerrero instrumento sino el mismo Marte en persona?

—Cuenta, por lo visto, su merced con numerosas huestes para la batalla, replicó el escudero.

—Cuento con el diablo de la pereza que son mil en una pieza, exclamó furioso Don Quijote.

Por lo que partió Sancho á cumplir la orden de su señor, el que, apenas vió delante de sí al enjaezado Rocinante, dándole sobre el anca una palmadica, ante primer rayo de naciente sol, así dijo.

—Por insignes caballeros hasta los animales logran imperecedera fama; y véase aquí, cual en otras muchas ocasiones, como hombres del polvo levantan brutos hasta colocarlos en marmóreos monumentos sobre broncos pedestales, lo cual ellos, aunque discurriesen, ni soñarán.

Y despidiéndose de los de la majada y dando á todos la diestra mano, ya caballero sobre Rocinante, añadió:

—Manca y coja queda, amigo, la relacion del buen Mauricio; mas él lo hará ahora mejor con dedicarse al remedio de su dolencia, el cual podrá hallarse mas acertadamente por montes que por poblado, pues estas nuevas gentes y familias necesarias llevaron á Roma antigua porque el orbe humano no acabase.

—¿Y qué senda hemos de tomar? preguntó Sancho.

—Seguir ahora por lo alto de esta montaña es nuestro deber, porque de élla podamos luego descender hasta donde esos clarines nos llamaren, contestó Don Quijote, según buen arte de la guerra.

—Resonar parecen ellos por todas partes, dijo Sancho, de modo que toda la comarca aturden y extremecen.

—Mas no se oyen los cánticos de



las turbas, dijo Don Quijote y me sorprende!

—¿Qué canciones son pues esas? interrogó Sancho.

—Acostumbraron siempre las tribus del norte, dijo Don Quijote, á cantar al hórrido compás de sus instrumentos irritantes, poco antes de comenzar y durante el fragor de la matanza de la tremenda lucha para animar á sus guerreros y llenar de espanto y terror á los contrarios; lo cual te encargo aquí porque luego no te estremezcas, ni amilanes.

—¡Juzga entonces su merced, añadió Sancho, que puedan andar por estas soledades esos norteros!

—¡Si andarán ellos! dijo casi iracundo Don Quijote, cual por todas partes; porque es mar el septentrional que amenaza constante al sur del mundo, y suyas siempre fueron las oleadas que las meridionales costas y continentes conmovieron; por lo que te aconsejo consideres las polares corrientes del humano linaje así cual lo son las de los mares, las cuales elevan al norte las calientes aguas que las rocas de hielo descompongan y vuelvan luego frías á templar los rigores del perpétuo estío de las equinocciales comarcas.

—No hay duda, dijo Sancho, que debe ser eso grande filosofía y acabamiento de ese asunto puesto que no entendí de él cosa alguna. Y es señal cierta; mas lo que ya se oye, señor mío, no es sonido de clarines ni trompetas de esos esquinzos pollares, sinó gritos alternados y chasquidos y quejidos que deben salir, á lo que entiendo, del centro de aquel roble-dál que se ve allá abajo.

—Vayamos adonde sonare, dijo Don Quijote, y suene en donde quisiere.

Fáltale á su merced añadir y adonde fuere menester; que por aquí tal no aparece, si no es que hagamos caso de la priesa y afán conque los campesinos derramados por la profunda vega acuden al bosquecillo de los lamentos.

No había Sancho terminado estas palabras cuando por la contraria parte del roble-dál y á gran distancia vióse pasar una arrogante comitiva en son de fiesta al marcial compás de bocinas de cacería velóz cual el relámpago. Suspenso quedó con ello Don Quijote, y mucho mas al observar como en el suelo que pisaba Rocinante lefáse el nombre de la Rosa dibujado por el verde césped y silvestres florecillas, alegres cual acariciadas por frecuente y amante mano, que cuidadosa por

extremo, de tal delicada manera las escribía y sustentaba; y al querer pensar é inducir de aquellos sucesos la causa extraordinaria, sintió como de lo alto de la cumbre de la aserrada inmediata roca salían estos versos con suave y dulce concierto de delicado laúd acompañados.

Mala fe, Gialfár, la tuya  
Que diez lunas han corrido  
Y apesar de dias tantos  
No te acuerdas de tus dichos.

Mentira son tus palabras  
Y tus amores fingidos,  
Ficciones las tus promesas  
Y tus amores caprichos.

Agenas caricias fueron  
La causa de tanto olvido,  
Y otros ojos te deslumbran  
Cuando no ves estos mios.

Corazon mas duro tienes  
Que el corazon de estos riscos,  
Por que el mio no ha de darte  
La pena de tu delito

Sigan ingrato te ama  
Cual te supo amar sumiso.

—No hay pensar, Sancho, exclamó Don Quijote, sinó que estas son las amorosas soledades y selvas de nuestros primeros pasados tiempos, pues resuenan por allá los marciales instrumentos de la guerra cual muestran aquí las flores campesinas las encantadoras sus delicias de sencillos amores escritos en los suelos; y al un lado se agita la alegre cetrería cual las cúspides sombrías de los altivos montes cantan las orientales armonías y es todo y por todas partes delicia y regocijo.

—Créame su merced, dijo Sancho, que el toque está aquí en topar con los cetreros cazadores, que no se dan un mal pasar ni por todo un mundo; sobre que el trovador harto ha que hacer con sus amores encaramados en la montaña y los quejidos parece que desaparecen.

—Hablas como quien eres, contestó Don Quijote, y yo he de obrar como quien soy; es decirte que prosigamos por esta cumbre adelante por ver y tantear su final, ya no muy lejano.

Era el tiempo apacible, claro el sol, medrosa la brisa matutinal de las montañas; florido el campo, ondulantes las verdes mieses cual la rizada superficie de bonancibles mares. Y exclamó Don Quijote.

—Sabrás, ó Sancho el bueno, como sobre el pavimento de las nubes hay etéreas regiones inmortales donde infinita poblacion vive y discurre libre siempre de las pasiones desenfrenadas. Es allí el del Sol velocísimo radiante carro conducido por espu-

mosos corceles, al cual siguen y acompañan los ejércitos de los genios encargados de los sucesos todos tocantes á esta inquieta tierra que habitamos.

Unos de esos genios sonrientes son los que se agitan por valles y praderías dando impulso y vida á los tiernos botones de las plantas, pintando las sedosas hojas de las flores, matizando y salpicando algunas al modo de filigranadas clavelinas; llenan otros de vivificantes néctares los escondidos y rocosos senos de los montes que formen surtidores de aljófares y cristales bulliciosos, y den así lenguaje á los contornos solitarios, movimiento á las plantas de céspedes floridos y espejo de los cielos á las vegas y sus preciados cármes.

Diariamente parte del empiro la niña y alegre comitiva á cumplir su mision sobre este orbe. Ninfas son las que extienden por el levante la sonrosada gasa de la aurora; las que agitando sus nacarinas alas crean las suaves brisas matutinales; las que de collado en otero despiertan con su rumor ligero y armonioso el sueño de los insectos y las aves, mientras otras bañando sus dorados cabellos en los senos de las aguas convocan las esmaltadas innumerables tropas de alegres pececillos que dormían tranquilos entre lirios esbeltos y los dóciles juncos de las márgenes.

Otras congregan las orgullosas comitivas de los cisnes en solitarios lagos, otras los gallardos veloces ciervos de las selvas, cual las águilas sublimes pobladoras de las crestas de los enhiestos sistemas jamás hollados, y otras á herir van con su sentida voz y cálido acento las sienes del poeta ó del venturoso sábio.

—Subido, pues, há su merced por esas alturas y ha hecho compañía y conocimiento con esos muchachos y esas niñas, dijo Sancho.

—No es tal, dijo Don Quijote, sinó que de ninguna otra manera se explican sentimientos sinó por imágenes y figuras, que este nuestro vulgar lenguaje no alcanza tanto; y he querido explicarte del modo que has oído la delicia y maravilla de esta comarca que ahora estamos contemplando.

Un arroyo escondido entre las raíces y ramaje de los olmos presentóse en aquel instante al través de la senda; una cabra al lado de la cascada buscaba los tiernos brotes del espino, otra entrabas sus dos manos sobre el tronco del árbol ansiosa hacia esfuerzos para alcanzar las frescas ra-



mas cuando apareció en la agradable inmediata selva la aérea figura de una mujer hermosa, que con sus leves sedas cual onda del sembrado sobre los verdes céspedes y su matiz de flores se deslizaba.

—¿Bella apareció la Diana cazadora? exclamó Don Quijote.

—Digo, contestó Sancho, que es bien no estar aquí agora la Señora Dulcinea del Toboso.

—¿Qué profieres? ignorante; ¡ni como igualar ideas á realidades!

—No lo digo por tanto, contestó Sancho; sinó que, mi verdad sea dicha, que es esa señora Diana como unas flores.

Y por ver á dó se ha ido la deidad de esta selva incomparable (salva sea de mi pensamiento la única señora) digo que ascendamos cual zegrí á lo alto de la cresta de este monte y descubramos ancho espacio.

Lo cual con gran trabajo y tiempo practicado, no hallaron Sancho y Don Quijote sinó la soledad mas espantosa; al extender la vista por el dilatado horizonte lució el levante el torrente de sus joyas mientras las azuladas sombras del ocaso hundíanse al abismo cual fugitivas fantasmas espantadas.

—Mejor es descender ya, dijo Sancho, pues no hay dar con esa señora Diana en manera alguna.

—Trocábanse estas deidades en los tiempos de Virgilio, añadió Don Quijote, en flores de su mayor aprecio y gusto, como tambien tornábanse ninfas los bajeles ó islas las beldades.

—Y tambien eso debía ser en estos tiempos del mismo modo, dijo Sancho, por ahorrar disgustos á las gentes con el enredo de sus cabezas; que, á fé mia, son estos acontecimientos de gran trabajo.

Un bullicioso rio rodaba por un abismo de rocas y malezas así luciente cual si le formaran brillantes desleídos al cual bajaban á beber bandadas de palomas; esto y la blanca espuma observaba admirada la misteriosa mujer de las leves gasas desde la rústica empalizada del agreste puentecillo en lo mas bajo del valle delicioso. Silvaba el mirlo ufano, rey de las misteriosas enramadas; el milano sobre una haya solitaria limpiábase las plumas de sus alas con su corvo y recio pico. Y viéronse huellas recientes estampadas en la arena.

—No hay mas, dijo Sancho, sinó que la señora se anda entre nubes y es su alumbrar y desaparecer por dó menos se piensa.

—Así van sucesos de este mundo, Sancho, y ya no hay otra cosa que hacer sino bajar á la ladera, dijo Don Quijote.

Lo cual en largo tiempo practicado y en sombrío silencio, llegaron á oídos del caballero y escudero cierto cántico y música en todo especiales y desusos los que de cierto encinar salían envueltos en gritos y algazara de aldeanos.

—Ya está ella aquí! exclamó enardecido Don Quijote.

—¿La señora del misterio? preguntó Sancho.

No sinó la turba de los quejidos, que si acaso no fuese propia de caballeros puede ser para ti preciosa aventura.

—No hay para que pensar en eso, dijo Sancho, que ningún desaguisado me hicieron estos honrados campesinos.

Conque sin mas dilacion acercóse Don Quijote al grupo de las gentes, las cuales habian formado ancho corro dentro del cual estaba una mujer desgreñada jugando cartas de baraja. Los rojos piés tenia desnudos, el vestido era andrajo, los brazos delgados mostraban salientes todos sus huesos y ligamentos. Pues el aspecto del rostro y el dejo de la voz eran pavorosos. Refase de cuanto hacia y ejecutaba, ni hay expresar el gesto; la accion de su hablar era desmandada y frenética.

Del un lado del círculo salía el son de música que se estrellaba en el monte, y al lado de los músicos yacia en su abandono una anciana, que, á juzgar por las contracciones de sus miembros y su temblor continuado, poca esperanza dejaba de su vida en este mundo. Y en su indiferencia, así parecía estimar la vida cual la muerte.

¡Agua! sólo osaba decir de tarde en tarde con lastimosa voz y casi imperceptible; mas la gente, fija solo su atencion en la negra de la baraja, no hacia caso alguno de los acentos lastimeros que repetían, ¡agua y agua! Y aún pasaban por encima del despreciado cuerpo de la enferma los curiosos de ver lo que en aquel embrollo de gentes sucedía, y dábanle algunos con el pié porque se apartase el estorbo de sus pasos y hacían saltar la sangre de aquel rostro cadavérico.

Mas la música era por demás digna de ser oída, pues tocaba una mujer desgreñada con sus dedos secos sobre el revés de un caldero mientras otras hacían sonar sus uñas sobre unas cazuelas; batían algunas las

palmas de sus manos y unos muchachos fingían castañuelas con sus cucharas de palo. Un peine forrado de papel soplabá una jóven acompañando á otra que lo hacia sobre ciertas cañas horadadas, con lo que producía sonos á modo de mayido medroso, y al compás de todo esto cantaba la de las cartas estos versos:

Esto digo que verás,  
Si es que antes no te mueres,  
Porque sabes de una sola  
Y hay en el mundo mil muertes.  
Casarás con mujer guapa,  
Que ojalá sea la fuerte;  
Párezcate á los dos años  
Lo mismo que el primer jueves.  
Tendrás un hijo y dos hijas,  
Azúl, encarnada y verde;  
Celos, dolor y esperanzas  
Del amor son descendientes.  
Tu mujer en porte y traje  
Y en todo ha de parecerte,  
Que el hombre es aquel espejo  
Dó la mujer ha de verse.  
Si tienes perro faldero  
No miras tus intereses,  
Que él llevará tus caricias  
Y á perro verás que hueles.  
Discorre por la baraja  
Que juegan todas las gentes,  
Oro y copa á espada y basto  
Han de conducirte siempre.  
La fortuna jamás busques  
Porque á tu lado la tienes,  
Y has de cerrarla la puerta  
Y la llamarás demente  
Porque prefieres antojos  
A lo que ordenan deberes,  
Y esta es la carta que juegas  
Como los pecados siete.

Calló con esto la negra parlera, y recogiendo la moneda que la daban dejó á los circunstantes admirados y confuso al rústico que había de tener sus hijos de tan diversos y relumbrantes colores. Pues lo del faldero no le dejaba sosegar. Don Quijote dijo:

—Ahora que es tiempo, Sancho, llégate á esa encantada mujer y mándala que escriba, ó, al menos, toma tu ese romance de memoria por ser menester de modo cualquiera conservarle.

Sancho, la cabeza baja y el índice derecho entre los dos ojos y sobre la nariz, no respondía. Mas la negra continuaba con otros curiosos romances.

¿Qué haces? Sancho, preguntó Don Quijote.

—Que no hay sinó irnos, dijo Sancho, á la sombra de aquel castaño y yo diré á su merced cuanto la negra de las cartas cantó, sin que falte una tilde.



—Aun con todo eso, es bien que lo repases porque se te fije y clave del todo en la memoria.

—¡A la buena de Dios! exclamó Sancho, que este menester ya está arreglado, y no se mueva su merced que ya comienzo:

Del mundo todos los hombres,  
O quitadas pocas gentes,  
Los grandes son los pequeños;  
Ni sábase hasta que mueren.

¡Sancho, Sancho! ¿Qué es lo que estás diciendo si todo lo barajas?

—Pues sin barajar no se hace nada, dijo Sancho; y no ha de interrumpirme su merced, pues entonces se olvidará todo y adios, Grullo. Y sigo y digo:

Perrada es buscarse perros  
Dó tantos perros se tienen,  
Si no han de ladrar los hombres  
Lo mismo que las mujeres.

—¡Sancho, ó bodoque! exclamó Don Quijote acelerado.

—No hay Sancho que valga, replicó el escudero, y prosigo:

Y mirate en ese espejo  
Azúl, encarnado y verde  
Dó se ven tantos casados  
Si miran á sus mujeres.  
Y de mujeres que deban  
Llamarse en justicia fuertes  
Una tiene el Evangelio  
Que barajar necios quieren.  
Lo mejor de la fortuna  
Es no saber por dó viene  
Y darse á oscuras con élla  
Sin calentarse el caletre.

—En toda verdad, dijo Don Quijote, que eres traductor incomparable, y por ahí entreveo tu fortuna.

Mas la gritería del corro iba en aumento; y era la causa, que, habiendo la negra sacado de sus necesarios tranquilidad y descanso á un muchacho pequeño, cuyo desfallecimiento bien marcaban sus facciones, hacíale á latigazos dar vueltas por el aire y subirse á lo largo de un palo, que luego oscilaba como tormento indiano, y ejecutar otros espantables ejercicios según la seña del látigo de cuero trenzado á la que respondían los agudos quejidos y lamentos.

—No hayan cuidado los señores, decía la negra, llamada la Zebra, de esta sabandija, y ánde el rapáz á ganar el sustento, que aún no habemos desayunado.

Quiso Don Quijote en justicia evitar los escándalos de aquellas hambrientas fieras; mas así fué prevenirse para su objeto cómo saltar Jazminito, que tal era el nombre del chico, á las ancas de Rocinante y desde éllas al cue-

llo del andante caballero; y tal hizo su presa, que á continuar breves momentos mas, élla tomara á su cargo la conclusion de la historia toda del de la Mancha. Los de la música abrazaron por su buen orden los cuatro remos de Rocinante, y en cuanto le levantaron del suelo como un palmo cayó del caballo abajo el caballero. Jazminito se dió á danzar sobre Don Quijote y á hacerle punto de hincapié para sus bríncos, amén de diferentes otros desaguisados. Sancho determinó huir sobre el rucio, al cual por avivar la carrera auxilió Jazmin con ciertos medios apropiados al caso que prevenidos llevaba en un mediano cucurucho. Verificado lo cual y levantándose la enferma como mómia, fuéronse los de la comitiva silbando y encareciendo su victoria alcanzada.

—Sancho, hijo, non así fuyas ligero, qué antes bien ya fuye la fementida canalla de los contrarios, exclamaba Don Quijote, mientras iba Sancho velóz como en alas del viento. Y proseguía el buen andante asentado sobre el césped. ¿A qué fin ya tan temerarias imprudencias? ¿Ni por qué tal exceso de carrera? Mas ella continuó por todo el tiempo que el rucio hubo moscas en sus orejas, apesar de todo arranque de elocuencia del malparado y asombrado caballero.

—¡Hi del diablo mesmo! exclamó Sancho, en cuanto pudo contener al rucio en trote picadillo; ¡y que bien se dijo, deja de cocer lo que comer no has y criar cuervos es perder los ojos! Pues, ¡móntas con los jazminicos de estas tierras! ¡y si las mómias levantan de su sepulcro!

—Y reunidos al fin escudero y señor tras largo rato, dijo éste.

El mal de todo esto ha estado en tí que conoces y viste las trazas y tratos de esta canalla y no avisaste.

—¿Y qué se yo de estas gentes, dijo Sancho, ni de sus mañas?

Sabes, pues no quedaste malparado; y, sobre todo, no hay disculpa en no hábertelas con éllas, que á tí tocaba pues no eres armado caballero.

—Para zampoñas estaba el alcacer, dijo Sancho, llevando como llevaba el rucio como mil moscos y tábanos en las orejas.

—¿Con qué tu correr fué por moscas? dijo Don Quijote; ya se me hacia á mi demasiado larga y precipitada tu carrera!

—Y hartó tiene cada cual con quitarse la suyas, replicó Sancho, que ni aún dije, esta boca es mía, al rucio.

—Guia pues agora á la casilla del monte que al lejos se divisa, repuso subiendo sobre Rocinante Don Quijote, y en corto espacio llegaron al pié de ella.

Sentimos mucho que haya suspendido su publicacion *El Caput Castelle*; y debe sentirlo la poblacion; porque la prensa formál es el barómetro de los pueblos.

¿Otra cabalgata? ¡y la variedad del ingenio?

Habrà pronto en Búrgos un Ateneo: deseamos un aliento necesario para la ciencia y para el arte, que diversiones ya tenemos. Muy enhorabuena.

Nos ha sido imposible la asistencia á las sesiones de la Sociedad la *Liga de los contribuyentes*; conozca la hidalguía de los Señores asociados las ocupaciones que pasan sobre nosotros. Y damos mil gracias por la fina atención de tan culta Sociedad.

Ha comenzado la poda del arbolado; ¿cuando acabará?

Las lecciones de Lectura que dá el Ilustrísimo Señor Director del Instituto cada vez mas concurridas; merece bien del país la excelente idea.

Una ciencia mas; la Tauromáquia. ¡Por San Joaquin.....!

La proteccion dispensada á la Biblioteca provincial por la Excm. Diputacion es digna de los mayores elogios. El país recogerá los óptimos frutos.

¿Una Escuela de artes y oficios tiene lo bastante con los conocimientos que prestan las ciencias exactas? ¿No necesitan las artes mecánicas el conocimiento de la Belleza? Es decir que un artista hallará el solo como á la mano el buen gusto, el conocimiento y definicion de los diversos estilos, sus maneras, su expresion y el sentimiento de sus obras así como se halla una interseccion por el cálculo y el trazado! ¡De tal modo se va por camino derecho á poner portadas como la principal de la Catedral de Búrgos á un templo como nuestra Catedral! ¡Pues en este ejemplo no faltan ni la Aritmética, ni la Geometria ni el Modelado, ni el Corte de piedras! Lo que falta es otra cosa.

Se observa ya un movimiento de reaccion saludable hácia el sentimiento, escarmentado el orbe por el positivismo. Adonde conduce el positivismo, via recta, lo dice *«Mar sin orillas»*. Se conoce el árbol por el fruto.

Imp. de la viuda de Villanueva.